La epopeya de la clausura
Chatterton y su leyenda

Christopher Domínguez Michael

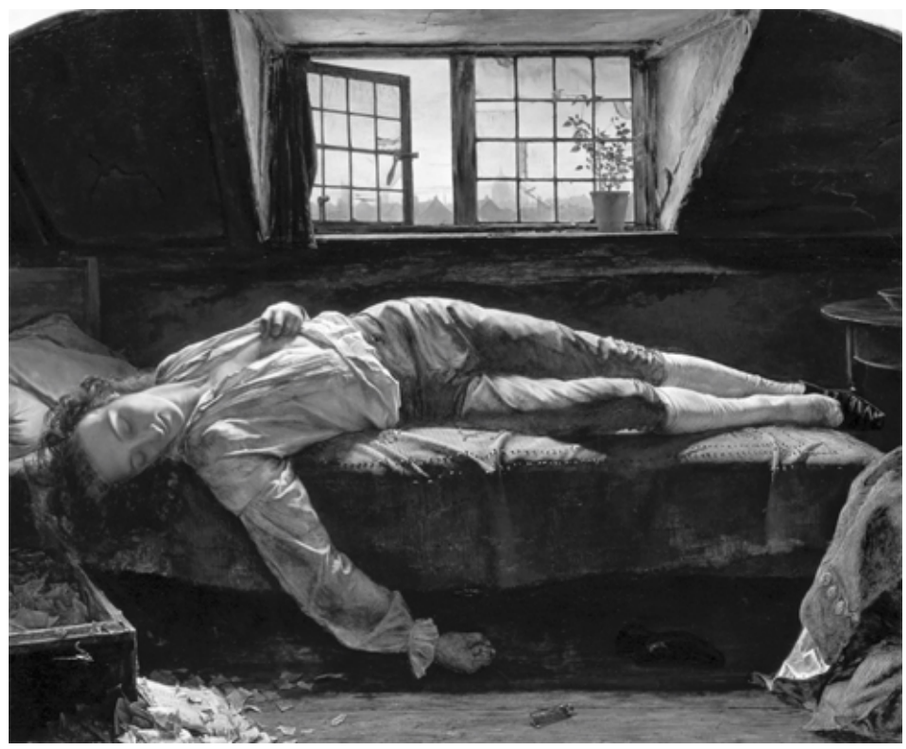
Thomas Chatterton, nacido en Bristol y muerto en Londres (1752-1770), fue uno de los grandes falsificadores de la literatura. Talento precoz, escribió los poemas atribuidos a "Thomas Rowley, clérigo secular de la Iglesia de Saint John", donde recreó con precisión el Bristol del siglo XV. Ofreció sus falsificaciones a Horace Walpole, quien lo remitió a sus editores, pero estos con razón dudaron de la autenticidad de los textos. La polémica contemporánea sobre James Macpherson (1736-1796), quien conmovía a la literatura europea con sus supuestas traducciones de los versos del héroe gaélico Ossián, al final descartadas como del todo falsas —aunque hasta el siglo siguiente—, rodeó de suspicacia a la empresa epigonal o "imitación de la imitación" pretendida por el joven Chatterton. Desesperado, Thomas bebió arsénico. Fue el primero de la legión de los suicidas románticos.

Peter Ackroyd, el polígrafo británico, ha escrito una novela suspicaz, como suelen ser las suyas, sobre Chatterton. Encara el problema en tres niveles narrativos: *1)* un joven poeta de nuestros días, asistido por su protectora, una excéntrica novelista de renombre, descubre un retrato de Chatterton adulto, lo que refutaría la realidad histórica de su suicidio; *2)* acto seguido, Ackroyd nos presenta a Henry Wallis, quien en 1852 pintó el célebre cuadro de Chatterton yacente tras su envenenamiento. Su modelo vivo fue el novelista George Meredith, famosísimo hasta bien entrado el siglo XX y hoy olvidado; y *3)* Ackroyd escribe la vida, narrada en primera persona, del propio Chatterton.

El entramado, apasionante, decepciona por una solución timorata. El autor desperdició el potencial narrativo de *Chatterton* (1987) al pretender escribir una novela de tesis sobre la falsificación literaria y sus consecuencias epistemológicas. De esa manera resultó que: *1)* el cuadro descubierto por el poeta contemporáneo es otra falsificación, y echa por la borda la seductora posibilidad de un Chatterton que habría falsificado su propio siglo, sobreviviendo medio siglo en la clandestinidad, falsificando a su vez buena parte de la literatura romántica; *2)* al posar para Wallis, Meredith sólo reencarna el alma poética de Chatterton; y *3)* resulta que el poeta no se suicidó, sino murió como víctima involuntaria de una sobredosis de arsénico, que habría consumido para paliar los efectos de la sífilis.

Buen novelista, Ackroyd nunca es lo suficientemente bueno pues tiene demasiadas ideas sobre cómo debe ser la literatura. Más que una novela sobre un poeta inglés del siglo XVIII, *Chatterton* es una reflexión corrosiva y humorística sobre la mísera —según él— vida literaria inglesa de hoy, un retrato escasamente piadoso del fracaso literario, novela que en inglés, llena de juegos de palabras, debe de ser mucho mejor lectura, con su choteo de la insularidad británica.

Pero Chatterton no se suicidó en vano. Fijó para siempre la imagen irresistible del joven poeta malogrado y maldito, cuyo fantasma recorrerá el mundo, desde Werther a Rimbaud. Además, Chatterton inspiró a Wordsworth y a Keats poemas inolvidables. Sus esmeradas aunque ineficaces falsificaciones preludian la atmósfera suplicante y sublime que desde entonces acompaña al eterno mundo romántico. [1995] **u**



Henry Wallis, *La muerte de Chatterton*, 1856